

## **EL KENSINGTON ART-KET**

Miércoles 04 de Febrero de 2015

Me encanta la calle porque es casi infinita. Caminarla es la mejor forma de conocer el mundo. En ella encontramos la verdad y estética de las ciudades y pueblos, sus misterios, sus habitantes anónimos, su cultura, su gastronomía, su arte, su realidad. Esa es la razón por la que he dedicado mucho tiempo de mis días a recorrerla. Ella, la calle, me inspira y llena de color mis recuerdos. En mi obra, en mi mente, en mí, tengo grabadas imágenes de algunas de ellas.

Una calle en específico de un país de América Latina ha vuelto estos días al escribir esta columna. Una de edificios pequeños, casi en ruinas, donde lo lúgubre y la tristeza predominan en su fachada de paredes descascaradas y sucias. Con afiches publicitarios rasgados que muestran a mujeres medio desnudas, y que son tal vez lo más cercano que se conoce de arte por esos lados. Las ropas colgadas en sus ventanas y balcones son la única prueba de que aquí habitan seres, pero seres hundidos en la miseria casi absoluta. Detrás, veo edificios gigantes con ventanales de fino cristal azul que se posan majestuosos ante mi mirada. En estos se encuentran los hombres más ricos del mundo, quizás con las colecciones de arte más cotizadas del mercado, manejando sus bancos y sus emporios. Manejando el mundo. Así son los contrastes en una ciudad donde casi todos los bienes y riquezas del planeta pasan a diario por su ya conocido canal. Es una calle, como muchas otras, llena de contrastes de toda índole: contrastes arquitectónicos, contrastes sociales y culturales, contrastes visuales y estéticos. Hablamos de la calle como un escenario de la diversidad en todas sus manifestaciones.

Aquí en Toronto, ¿qué lugar puede ser más diverso y qué calles pueden evidenciarlos más contrastes que las del Kensington Market? Este pequeño barrio que alberga decenas de diminutas tiendas ocultas en calles laberínticas cerca del Chinatown, y se encuentra ubicado de este a oeste entre Bathurst y Spadina y de norte a sur entre College y Dundas St West, es sin duda para mí, el más pictórico de nuestra ciudad.

Kensington tiene un particular encanto y expresa su maravillosa complejidad a través de su mezcla ecléctica de tiendas vintage, almacenes de productos latinoamericanos, supermercados chinos, locales jamaiquinos, cafés orgánicos y de mercado justo, bares y casi cien restaurantes. Es en estos espacios, todos ellos atestados de productos de incontables partes del mundo y venidos de numerosas épocas de la historia, que encuentro que la llamada globalización de la que tanto se habla hoy en día siempre ha existido aquí. De lejos, la multiculturalidad que tanto dice alberga esta ciudad se ve opacada por cada esquina del Kensington.

El origen del mercado del Kensington se remonta a la colonización británica en el siglo XVIII, y por más de un siglo pasaron, vivieron y se despidieron olas de inmigrantes de muchos diferentes países. Luego de los irlandeses y los escoceses, a principios de 1900 fue el hogar de más del 80 por ciento de la comunidad judía de Toronto, y hacia 1950 el mercado se volvió más multicultural como resultado de la llegada de inmigrantes de la post-guerra. La crisis de los 80 golpeó fuertemente el área y aunque muchos negocios cerraron, el mercado logró sobrevivir por el tránsito de cientos de estudiantes que acudían a la sede del George Brown en la esquina de Spadina. Increíblemente su

renacimiento se dio a mediados de los 90 gracias a los negocios latinos que se instalaron en la calle Augusta. Hoy en día el Kensington es el hogar de más de 30 culturas diferentes que viven y prosperan en un ambiente de total armonía y mutua tolerancia. Recientemente, en el 2006, fue declarado patrimonio histórico nacional de Canadá.

El Kensington es para caminarlo, para observarlo desde adentro aceptando su invitación surrealista de hacer parte de un gran mural urbano de contrastes estéticos. Déjate perder entre sus esculturas, todas ellas tan singulares como el coche jardín, ese que ha sido despojado de sus entrañas y se ha convertido en una maceta gigante para hierbas y flores. O viaja en creadas de partes de motos pintadas con colores ácidos, esculturas estas que más parecen transformes sacados de una película de ficción.

Desafiante, independiente y progresista, Kensington encanta por el aire bohemio que lo inunda, por esa magia y por ese arte que transpira por cada uno de sus poros. Sus paredes repasadas por miles de grafitis y murales, narran las historias rebuscadas de las mentes de creadores anónimos que buscan plasmar visualmente sus memorias, sus posiciones políticas o causas sin lucha. Detrás de cada puerta y ventana del Kensington, en cada silla del Bellevue Square Park, imagino a un artista, a un poeta, a un músico, a un loco, que bombardeado día a día por esta magia, está en un limbo creador al que muchos quisiéramos llegar... Por eso para mí es Kensington Art-ket.